

# Bomarzo

Manuel Mújica Láinez

📍 Vista de Florencia y del río Arno / CARMEN GUERRERO



**¿Una novela histórica? Puede que así sea cuando Manuel Mújica Láinez logra reflejar la composición y reglas de funcionamiento de la sociedad italiana del Renacimiento. Pero Bomarzo es, ante todo, una novela sobre el arte, pero un arte vivo que, como tal, se experimenta y está presente en las ciudades y sus gentes, integrándose en los relatos biográficos de cada ser humano. Bomarzo es la reconstrucción de uno de esos relatos, narrado a través de la memoria de su protagonista, Pier Francesco Orsini, un duque deforme al que pronostican una vida inmortal el día de su nacimiento.**

Estábamos una noche -era invierno- alrededor de la chimenea, en la sala principal. Mi abuela ya se había retirado. Mi padre, Girolamo y Maerbale se calentaban delante de los leños. Yo, alejado, confundido con las sombras en la parte más oscura del aposento, aguardaba la oportunidad de evadirme sin que se percataran. Me había escurrido sigilosamente hacia una puerta y, cuando me aprestaba a salir y a escapar hacia las habitaciones de mi abuela, mi padre alzó el tono y comenzó a contar algo que tenía que ver con Miguel Ángel. Me detuve y agucé el oído. Era

el relato del traslado de la estatua de David a través de las calles de Florencia.

Gian Corrado Orsini había asistido, ocho años antes de mi nacimiento, siendo gonfaloniero Piero Soderini, a esa complicada operación. Durante cuatro días, el gigante de mármol recorrió el camino que separaba el taller del maestro de la plaza de la Señoría. Cuarenta hombres tiraban de él, por las callejas, y la escena se vincula, plásticamente, con otras, muy antiguas, como la del corcel troyano. Hacían rodar la esculpida escultura sobre

vigas engrasadas y empleando un sistema de poleas y contrapesos que suspendía al coloso, como una admirable máquina bélica, de un armazón de maderos, y la protegía de los choques. Avanzaba despacio, gravemente, entre la multitud florentina que postergaba su cotidiano ajetreo para discutir la calidad del recién llegado. Todos opinaban, porque en Florencia el arte era un tema de debate popular, como los precios del mercado y la política de la comuna. Avanzaba David y su frente aventajaba a menudo el nivel de los techos. De noche encendían

fogatas a sus pies y los adversarios del artista, envidiosos, emboscados, le arrojaban piedras. (La envidia y la imbecilidad de cierto tipo de hombres es eterna y se reproduce a lo largo de los siglos con virulencia intacta: en 1504 apedrearon al David de Miguel Ángel; en 1910, la municipalidad de Florencia juzgó apropiado vestirlo con una hoja de viña, lo que armó un gran revuelo. Los esfuerzos de los Braghettoni desafían a los siglos). Y a la madrugada, la estatua tornaba a avanzar solemnemente. David no era un pequeño pastor; era un gigante. Al vencer a Goliat, había crecido y se había transformado en él, ante el estupor de los filisteos. En eso consistía el premio de su audacia. Un rey es un gigante. Y mientras los cuarenta hombres voceaban a compás, tirando de las cuerdas, como si izaran un inmenso velamen, y las vigas giraban con pesaroso crujido, y entre pausas de encantado silencio, golpeaban las armas de los alabarderos, ladraban los canes, pregonaban los vendedores, retrocedían locas las cabalgaduras, desgañitábanse las comadres, sonaba aquí y allá un laúd, una lira, un clavicímalo, una viola da bamba, una aguda, hiriente trompeta, a la que hacía coro el estridor de los gallos, y el pueblo se arremolinaba, como en una feria, alrededor del andante David, y los jóvenes señores, hermosos, lujosos y sinuosos como leopardos, como los leopardos imperiales fúlgidos de joyas, se ponían a las ventanas, con las doradas meretrices, para acariciar al triunfador de mármol blanquísimo que pasaba, entre el rechinar de los maderos, inmutables los anchos ojos que surgían a la altura de las terrazas y las cornisas -y el silencio volvía a renacer con majestad sinfónica-, era como si la augusta Belleza, más fuerte que las mezquindades que dividen a los hombres en exiguos bandos avarientos y ambiciosos, entrara definitivamente en la ciudad del Arno, quietas las manos y palpitantes los músculos en la caja rítmica del cuerpo, para asentar allí su permanente monarquía.

(...)

Y al avistar a Florencia, las lágrimas agolpadas en mis ojos la convirtieron en un lugar distinto de cuanto yo conocía, acero en una de esas vagas poblaciones de las leyendas que yacen sepultas en lo hondo de los lagos y del mar, porque las lentas nubes grises pasaban sobre ella y sobre sus cúpulas y sus campanarios, sobre la reverberación de sus palacios y de sus pórticos y la adivinada lámina del Arno, como si fueran cetáceos enormes que flotaban en la acuática irrisación de mi llanto, sobre la paz letal de la ciudad hundida. Sólo cuando las campanas empezaron a tañer, dialogando, y un ancho vuelo de



◆ Catedral de Santa Maria del Fiore (Duomo), Florencia / CARMEN GUERRERO

golondrinas se desplazó encima de los muros, como una mecida oriflama, me convencí de que Florencia se desperezaba, densa de gente y de pasión, y de que en ella me aguardaba la vida con sus armas prontas. Apreté entonces las espuelas para llegar cuanto antes a la ciudad a la cual debía la única memoria feliz de mi padre, la ciudad por cuyas calles había desfilado el David gigantesco, camino de la Señoría, y donde la belleza imperaba. No debí apresurarme tanto. ¿Qué le llevaba yo a Florencia, capital de la

hermosura, qué le llevaba yo que no fuera mi fealdad, mi desdicha, mi ultraje, mi desubicación en el mundo, mis ansias de amor y de amistad y la certeza de que me estaba vedada la clara alegría, porque donde yo aparecía mi sombra de fanteoche, de Polichinela vanidoso, manchaba el suelo con su irrisión? ¿Y qué podía darme ella a cambio, si mi presencia era suficiente para romper el equilibrio de su orden, logrado con el rítmico rigor de una música cortesana, en el que las palabras y los edificios, los gestos y los mármoles, lo muy nuevo y lo muy antiguo, se respondían como los instrumentos de una partitura?

(...)

Se sentía en Florencia, más que en ninguna otra parte, la fuerza de la vida. Se sentía latir y vibrar y estremecerse a la ciudad de puerta en puerta. Y se sentía al arte también, la presencia permanente, vital, del arte. Los rostros, los ademanes, se transfiguraban en esa atmósfera, como si requirieran el fondo familiar de las pinturas o el modelado del mármol y del bronce para destacarse con intensidad propicia. Iban por la calle unos niños cantando. Danzando, y componían un bajorrelieve de Mino da Fiesole o de Luca della Robbia; iban unos graves, pulcros adolescentes, y era Donatello; iba un guerrero, y era Pollaiuolo; iban unos paisanos, y era Ghiberti; iba un caballero delgado, como una flor el traje de brocado de plata, y era Benvenuto Cellini; iban unas damas, con collares de rica armazón y alhajas en las mangas de terciopelo, ceñidas las frentes por aros de oro, y era Pontormo; iba un atleta, y era Miguel Ángel.

MÚJICA LÁINEZ, Manuel. *Bomarzo*. Barcelona: Bibliotex, 2001, v. 1, pp. 49-50, 79-82, 102-103

La publicación de estos fragmentos de la obra Bomarzo ha sido posible gracias a la autorización de la Agencia Literaria Mercedes Casanova.

© Herederos de Manuel Mújica Láinez